

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

Captura, escaneo, corrección de galeras

y cotejo de originales

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

3. 3. VOCACIÓN Y ÉTICA, Y OTROS ENSAYOS

Gregorio Marañón
(1885-1960)

VOCACIÓN Y PREPARACIÓN

Las cosas y quien las dice

Todo problema de pedagogía y de ética expuesto ante un público de oyentes o de lectores tiene interés o no lo tiene, según quien sea el orador o el escritor. No hay normas fijas sobre lo que es perfecto en la enseñanza o en la conducta moral, porque lo mejor, en estos aspectos de la vida humana, es siempre lo que sea más eficaz. Y la eficacia no depende de las normas abstractas, sino del modo de aplicarlas. Un plan de enseñanza irreprochable en manos de un maestro incapaz no sirve para nada. Ni las leyes mejores son útiles cuando las aplica un juez estúpido o malintencionado. Inversamente, son innumerables los maestros excelentes que, por su propia gracia, hicieron una profunda labor educativa con métodos insuficientes; y los ciudadanos, profesionales, etc., que dejaron tras sí una conducta luminosa y ejemplar sin atenerse a preceptos de ninguna ley escrita. El coeficiente subjetivo es, pues, lo primordial en la enseñanza o en la actuación profesional o social.

Digo esto para explicar el que haya deliberadamente prescindido, al meditar y componer estos dos ensayos, de casi todo lo que es mera información bibliográfica en el problema de la formación del médico y de la ética de su profesión. Si de algo puede servir lo que yo diga, es, justamente, porque soy yo el que lo digo, es decir, un hombre que lleva veinticinco años en brega con la enseñanza y con el ejercicio de la Medicina. Si, fuera de esta razón cronológica, tengo yo o no autoridad para la tarea, no es cuestión mía, sino de quienes me eligieron. Yo tal vez hubiera votado en contra suya. Pero no me tocaba opinar, sino decir sí o no. Y dije sí porque, precisamente, al aceptar el encargo, no iba a hacer una recopilación y una metodología de lo que sobre estos temas han escrito los demás, sino que iba a decir mi experiencia, mi verdad: y ésta, jamás debe negarse a quien, con recta intención, la solicita.

Necesidad de la vocación

La buena formación del médico tropieza con un inconveniente grave, aunque no exclusivo, de la actividad nuestra. Y es que la Medicina es una de las profesiones que en mayor medida requieren una fuerte vocación. Y esa vocación, cuando el joven, aun en la nebulosa de la adolescencia, se decide a ser galeno, interviene tan raramente en la elección que, sin duda, un gran número de hombres bien dotados para la investigación o la práctica médicas yerran hacia otros caminos; y, en cambio, afluyen al nuestro un tropel de mozos absolutamente indotados de aptitudes y de amor a la Medicina. Ahora explicaré por qué. Antes hemos de decir unas palabras acerca de lo que debe entenderse por vocación porque el problema de la preparación no tiene realidad ni substancia si no comienza a estudiarse por el de la vocación.

¿Qué es vocación? Es, en su etimología y en su real y vulgar acepción, la voz, voz interior, que nos llama hacia la profesión y ejercicio de una determinada actividad. Todos sabemos que esto es la vocación y, a diario, empleamos con absoluto acierto y propiedad la palabra. Pero si meditamos sobre su exacto contenido en cada caso, veremos que pocas veces encubrimos con el nombre de “vocación” la misma cosa; y que, por el contrario, es el vocablo ilustre, pabellón que cubre y dignifica a mercancías de muy diferente dignidad.

Vocaciones de amor

La vocación genuina, pudiéramos decir ideal, es algo muy parecido al amor. “Es, ha dicho Pierre Termier, una pasión de amor.” Por lo tanto, una pasión que tiene las características del amor, a saber: la exclusividad en el objeto amado y el desinterés absoluto en servirlo. En esto se distingue el amor de esa otra pasión, tan parecida, para la que tiene nuestro rico idioma su palabra específica “querer”. Se quiere, por ejem-

plo, a una mujer, con apariencia de amor; pero quererla es aspirar a poseerla: pasión, por lo tanto, radicalmente interesada; mientras que el amor quiere servir al objeto amado y no quererlo para sí, para poseerle. Por eso, y es el más alto ejemplo, se ama, pero no se quiere a Dios. Además, el que “quiere”, el que quiere a algo, persona o cosa, puede querer a la vez otra cosa o persona parecida; no a la única e intransferible que es el objeto del genuino amor.

Por todo esto, la vocación ideal es no sólo parecida al amor, sino muy parecida al amor religioso. Y he aquí por qué, no en vano, la vocación más pura, la que, en castellano y en todos los idiomas latinos representa, casi por antonomasia, a la vocación, es la de la vida religiosa. Cuando decimos de un hombre o mujer que tiene “vocación”, sin añadir para qué, todos entendemos que aspira a ingresar en un claustro o a ser, cuando menos, sacerdote. Si su vocación es de militar o de médico, entonces hay que añadir “vocación militar” o “vocación médica” para que nos entendamos.

Pero al lado de la vocación religiosa hay otras tres que, en los casos puros, se acercan a las condiciones rigurosas del imperioso llamamiento: la del artista, la del sabio y la del maestro. En estas tres ocasiones la vocación impulsa al hombre, por encima de toda otra elección, a crear la belleza, si es artista; a buscar la verdad, si es hombre de ciencia; o a enseñar a los otros, si es maestro, la verdad y la belleza conocidas y el modo de buscar las ignoradas. Y, por gozarse en este fin único, el artista, el sabio o el maestro están dispuestos siempre a dejarlo todo y a renunciar a los goces materiales de la vida, al bienestar material que es, por lo común, hartamente precario en el ejercicio de estas tres vocaciones.

Pero, con ser tan altas, hay diferencias fundamentales entre ellas y la vocación religiosa. A saber: la vocación religiosa pura no aspira a ningún premio humano, no ya material, sino a los de más elevada e ideal categoría; en tanto que el sabio, el artista o el maestro que renuncian al lujo y, a veces, a la olla, por cumplir su vocación, aspiran, ciertamente, a algo más importante que todo esto; a la gloria infinita de crear, de descubrir o de hacer de los discípulos hijos del espíritu; gloria, en cualquiera de los tres casos, que nos acerca también a Dios; pero no como al santo, en el otro mundo, sino aquí en el nuestro, dándonos categoría humana superior en el fondo a todas las demás; por lo que el investigador raído y el escritor famélico y el maestro sin categoría social son, en realidad, y ante la Historia, la verdadera aristocracia de la tierra.

Mas la diferencia esencial entre estas vocaciones y la religiosa es esta otra: las vocaciones de elevada categoría que hemos mencionado

suponen una aptitud. La vocación auténtica no es nunca platónica, sino que implica inmediatamente el “servir” al objeto de la vocación. Para descubrir, para escribir, para enseñar hay que “servir”, y se necesitan, por lo tanto, ante todo, dones innatos y magníficos del alma y de la personalidad entera. La vocación, en último término, no es más, en estos casos, que “la aspiración a servir, de una aptitud todavía no revelada”. Y esta aptitud, aunque de rango elevadísimo, en el artista, en el investigador y en el maestro, relaciona ya, sin embargo, las altas y puras vocaciones con las vocaciones de menor categoría, las del oficio, que se basan en una simple aptitud manual. En tanto que la vocación religiosa no requiere aptitud especial de ninguna clase, ni siquiera resistencia física particular. Cualquier ser humano, con estas o con las otras aptitudes, o con ninguna, puede ser santo: porque basta para serlo la pura y única vocación. El santo sirve a Dios, objeto universal, rezando, contemplando, extasiándose, trabajando, dejándose matar: para todo ello sólo se requiere vocación; teniéndola, se puede alcanzar la santidad con el genio o con la simplicidad, con el vigor físico o con la más misérrima salud.

Vocaciones de querer

La vocación religiosa es, pues, sólo amor, es decir, pura exclusividad del objeto y puro sacrificio. Las altas vocaciones humanas —las de la ciencia, el arte y la enseñanza— son amor también; pero, además, repitámoslo, aptitud específica para servir al objeto del amor. En las demás vocaciones humanas, de categoría inferior, el amor está substituído por el querer. “Quiero ser ingeniero”, dice un adolescente; o abogado o médico, en el sentido, claro es, profesional y no científico; y entendemos que no se trata sólo de servir a la Ingeniería o a la Medicina o a las Leyes, sino de que éstas, a su vez, nos sirvan a nosotros. No queremos únicamente sacrificarnos por la profesión, sino que ésta nos remunere y, a ser posible, nos haga ricos. Y, además, la aptitud necesaria para ser buen ingeniero, buen abogado o buen médico ya no es estrictamente específica. Muchos hombres sin vocación para ingenieros es decir, sin aptitud —han sido, a fuerza de voluntad, buenos ingenieros. Pero sin aptitud de músico, de descubridor o de maestro nadie ha sido gran maestro, ni gran músico, ni ha descubierto nada, por poderosa que haya sido su voluntad.

La categoría de la actividad depende de la vocación

Claro es que estamos manejando valores esquemáticos, como debe hacerse para entender bien la esencia de las cosas. La casuística, que ciertamente existe, contraria a estos esquemas, tiene valor práctico, pero ninguno filosófico. Se me dirá, por ejemplo, que hay casos en los que la vocación religiosa era, en el fondo, deseo de huir de una familia incómoda; o el espejismo de un estado nervioso; o, quizá, un medio de vivir con más tranquilidad que en el mundo. Y que hay quien escribe novelas o compases o sube todos los días al estrado de la cátedra sin más razón que porque así se gana el pan con relativa economía de esfuerzo. Y que, en cambio, un ingeniero o un médico o un sastre pueden serlo por amor puro y fruición estricta de serlo, sin importarles la ganancia un ardite. Es cierto. Pero cada uno de estos casos tiene su explicación peculiar, que en nada altera la tesis general de la vocación que estamos desarrollando y a la que debemos volver.

Y volver, precisamente, sobre estos casos aparentemente contradictorios de la tesis de la vocación, porque ellos contribuyen muy especialmente a explicarnos la eficacia de la vocación verdadera. En efecto, cuando se ejerce una actividad elevada, como la del arte, por mero lucro, sin vocación, sin amor específico, a favor de una aptitud mediocre y cultivada, el problema es muy sencillo: se es artista, pero nunca artista excelso, como se puede ser sin vocación un mediocre investigador o un mediocre maestro. En cambio, puede elevarse la categoría de una profesión manual a fuerza de vocación, es decir, cambiando el simple “querer” interesado en desinteresado “amor”. Teóricamente se pueden hacer zapatos con tal espíritu de sacrificio y con tan intransferible entusiasmo, que el hacerlos sea casi una religión. La vocación, en suma, eleva la categoría de la ocupación; la categoría de la ocupación se rebaja irremisiblemente si la vocación no existe.

MARAÑÓN, Gregorio. "Vocación y preparación", en *Vocación y Ética, y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 17-25, (Austral, 661).

